

# Los Contemporáneos



## PATRIOTISMO

NOVELA POR

Vicente Almela Mengot

Núm. 714

20 Cts.



—Parece que vas huyendo.  
 —Hay un don Juan que me acosa.  
 —Natural, te encuentra hermosa.  
 ¿Lo ves, mujer, lo estás viendo?  
 Pierde el hombre la cabeza,  
 y tamaña chifladura  
 es debida a tu belleza,  
 que aumenta la PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;  
 Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,  
 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.  
 Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20  
 pesetas, según frasco.

**ULTIMAS CREACIONES  
 PRODUCTOS SERIE "IDEAL"**

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Ad-  
 mirable, Manantial, Chipre, Rocío Flor, Rosa,  
 Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.

lo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Jabón, 3; Polvos, 4, Loción, 4,50, 6,50 y 20  
 pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-  
 lo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos.—(Sarriá). Barcelona

# UNA SEÑORA

ofrece comunicar GRATUITAMENTE a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D.<sup>a</sup> CARMEN T. GARCÍA, Salmerón, 167.—BARCELONA.

## FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS GUANTES  
 GÉNEROS DE PUNTO

Elegancia, Surtido y Economía

12, CAPELLANES, 12  
 Precio fijo

OBRAS DE AUGUSTO  
 MARTINEZ-OLMEDILLA



LADY

HAMILTON

NOVELA ANECDÓTICA  
 EN CINCO EPISODIOS

Precio: 4 ptas.

De venta en todas las librerías.

# ESTÓMAGO ENFERMOS

Desahuciados de los médicos, sometidos sin resultado a innumerables tratamientos, no dejéis de probar, aun sólo por vía de ensayo, los **POLVOS DEL DR. JULIUS MERC.** Os curaréis radicalmente. Recétanlo emi-  
 nencias médicas. ¡¡Millares de curaciones!! Seis pesetas frasco, MADRID,  
 Gayoso; BARCELONA, Segalá, Viuda Alsina; ZARAGOZA, Jordán; VALEN-  
 CIA, Cuesta; MURCIA, Selquer; MALLORCA, Centre Farmacéutico. Prin-  
 cipales farmacias y Centros de Específicos de España y Américas. Para con-  
 vencimiento éste remite muestra gratis, Pensarxer, Apartado 481, Barcelona.

Frasco certificado, siete pesetas.

DIRECTOR: AGUSTO MARTÍNEZ OLMEBILLA

## PATRIOTISMO

I  
Guillermo salió apresuradamente de casa. Vestía de *smoking* y llevaba en la mano un elegante bastón de bambú con puño redondo, de oro. La noche era de un calor sofocante. Se dirigió, de cuatro zancadas, al Teatro Principal, donde se celebraba la fiesta de los Juegos Florales, por la Sociedad valencianista "Lo Rat-Penat". Hostigaban su prisa el deseo de ver pronto a su novia, en cuyo palco estaba invitado para contemplar la solemnidad literaria y la certeza que abrigaba de llegar tarde al comienzo del espectáculo.

Atravesó corriendo el vestíbulo del coliseo, adornado con plantas, y enfiló la escalera de la derecha que conducía a los palcos principales. Durante este breve trayecto, comenzó a oír los acordes de la Marcha Real española y empujando al acomodador penetró en el recinto donde se aposentaba la familia

de la mujer que se había adueñado por entero de su corazón.

Los cuatro seres de la familia Ripoll ocupaban pomposamente el palco.

Junto a la barandilla, muy lujosamente ataviadas, hallábanse la madre, doña Rosa Climent, y su preciosa hija, una morena de grandes ojos negros, de largas pestañas, nariz fina y boca pequeña, que atraía las miradas de la mayor parte de los espectadores.

—¡Ché, qué hermosa está Pepita Ripoll!— solían decirse, dándose codazos.

—¡Estupenda, chico!

En realidad estaba seductora la hija mayor de los señores de Ripoll. Sentado cerca de su hermana, Ramoncito, el segundo y último vástago de aquel matrimonio, entreteníase en mirar apasionadamente a una deliciosa rubia, de ojos azules, muy claros y soñadores, que había en otro palco fronterizo. El

muchacho suspiraba con frecuencia. Era tímido de carácter y todo solía decirlo como en secreto, apocamiento de ánimo que le había valido el apodo de Don Reserva.

Levantándose le dijo a su hermana al oído:

—Fíjate, Pepita, qué guapa está mi Elsa.

—Muy hermosa; pero un poquito cursi.

—Qué importa. Es ideal.

—Chico, como el puro que se fuma papá.

El papá, don José Ripoll, acreditado exportador de frutas y hombre de escasa complicación mental, digería laboriosamente la succulenta cena, cómodamente echado sobre el diván del fondo del palco, fumándose a hurtadillas un excelente cigarro y por completo distante del boato poético que en la sala comenzaba a desarrollarse.

Precedida de heraldos y del brazo del alcalde de la ciudad, la Reina de los Juegos Florales se dirigía al estrado. Su paso, por el patio de butacas, despertaba un rumor creciente de comentarios, dirigidos unos a su traje, de sencilla elegancia, y otros a su hermosura, que sin hipérbole, podía calificarse de soberana. La Marcha Real inundó el teatro de armonías ceremoniosas y una ovación estruendosa, delirante, saludó a la Reina al sentarse en su trono, allá en el escenario, rodeada de sus damas de honor, típicamente ataviadas de labradoras.

En este momento culminante, entró Guillermo en el palco. Don José, al verle, le dirigió cariñosamente un golpe a las rodillas, con lo que consiguió que el pobre doblara más de lo justo las piernas, y poniéndose de pie, no por cortesía, sino para ver mejor lo

que pasaba en el escenario, le dijo con ruidosa franqueza:

—Ché, Guillermo, has hecho tarde.

—Sí, vine cerca de las nueve del Grao...

—Es lo mismo. Se puede decir que ahora empieza.

Ramoncito al ver a su cuñado, se levantó y con voz imperceptible y atrayéndolo hacia sí, para que nadie se enterase, le preguntó al darle la mano:

—¿Te ha ocurrido algo?

—No, nada; gracias, Ramoncito.

Doña Rosa y Pepita dispensaron a Guillermo una acogida entusiasta. Para ellas era de buen tono llegar tarde a los sitios y no le reprocharon su retraso, que el muchacho atribuyó a indiferencia por parte de su amada. A hurtadillas le examinaron las dos, cuando se sentó entre ellas. Su natural elegancia las hizo sonreír de vanidad. Luego miraron a todas partes, como diciendo:

—A ver si hay por ahí un pollo tan distinguido como éste.

No lo había. Guillermo era extranjero, de una nación aristocrática y norteaña.

Rubio, alto, enjuto de carnes, con rostro pálido, de niño, se destacaba por sus maneras nobles, en un medio social de burgueses bastos y trabajadores.

—Perdona, Pepita, si he llegado con retraso. No ha sido culpa mía, sino del negocio.

—No te preocupes por eso; si acaba de empezar.

—Lo digo por ti. A mí la fiesta nada me importa.

—Ya lo había supuesto. No te inquietes.

—Cuánto te lo agradezco.

El señor secretario de Lo Ra-Penat, comenzó a leer la lista de los autores

laureados, entre aplausos corteses, y poco después, dió a conocer la poesía premiada con la flor natural, un vate sesentón, que cantó con mucho fuego y en lemosín, para mayor claridad, a la patria, a la fe y al amor. Se leyó después, un romance popular, que hizo reír mucho al auditorio y seguidamente se levantó el mantenedor.

Un largo murmullo de expectación acogió su presencia. Previsoramente, le colocaron delante, en la mesa, una gran botella de agua con dos vasos. El calor que hacía en la sala era insoportable. Distraía la atención el revuelo constante de centenares de abanicos.

El mantenedor, un ilustre literato regional, a quien le sentaba el frac de un modo raro, pues unas veces parecía un camarero de café mediocre y otras un violinista de orquesta de cine, comenzó bebiéndose un buen trago de agua, decisión que obtuvo elogios y hasta hubo quien envidió, entre los presentes. Una vez cumplido este requisito, se impuso silencio por medio de siseos y el orador comenzó su cometido.

“Señoras y señores: Gracias mil a todos por mi designación para este inmercido cargo. Yo nunca debí aceptar. Me faltan méritos, condiciones. Estoy abrumado. (También debía hallarse sediento, porque se zampó el segundo vaso de agua.) Pero con buena voluntad y si vuestra generosa ayuda no me falta, abordaré el tema de mi discurso, que versará acerca del patriotismo”.

—Lata tendremos—dijo con apesadumbrada sinceridad el señor Ripoll.

El orador, remontándose en seguida con vuelo de águila a la antigüedad, trató de Grecia y Roma, los pueblos príncipes, según él, y haciendo en se-

guida una rápida excursión a través de la Edad Media, se detuvo especialmente en las Cruzadas y en nuestra “sin igual, gloriosa y santa guerra de la Reconquista”.

“La patria es nuestra segunda madre. La tierra que pisamos y que un día nos acogerá amorosamente en su seno; el idioma que hablamos, con el que aprendimos a rezar y que nos eleva cotidianamente a Dios; la legislación, las artes, la industria, el comercio, la agricultura, cuanto supone vitalidad, grandeza y poderío, es patria, y con incesante empeño ha de atenderse por los gobernantes. A la hora del sacrificio, todo cede ante la patria. Y en su defensa debemos inmolar la vida, si es necesario, porque la patria no es una abstracción: son nuestras esposas, nuestros padres, nuestros hijos, hermanos y amigos inútiles a quienes defendemos, y al propio tiempo, luchamos también por los intereses materiales, en defensa de los bienes que cada cual haya adquirido con el producto honrado de su trabajo”.

Grandes aplausos premiaron el discurso del mantenedor, que duró sólo hora y media. Al estrépito de las palmas triunfales, despertó el práctico señor Ripoll, que se había quedado dormido en el momento culminante de la toma de Sagunto.

—¿Qué tal ha estado?—preguntó.

—Muy florido—dijo doña Rosa.

—Demasiado largo—opinó Pepita.

—Bien; pero gritaba mucho—arguyó Ramoncito, el hombre de las actitudes y maneras confidenciales.

Y como Guillermo callase, el señor Ripoll le dijo:

—¿Qué opinas, tú, Guillermo?

—Ha dicho cosas que se deben pensar despacio.

—Eso es—afirmó jubiloso y en voz

baja, Ramoncito, que dió a la palabra despacio una interpretación distinta.

El acto había llegado a su fin. Avida de respirar con más libertad, la gente salía apretujándose a la calle. Casi todos los asistentes a la fiesta, dirigíanse a la Alameda. El matrimonio Ripoll, Pepita y Guillermo subieron a un coche y se fueron al pabellón del Círculo Mercantil, uno de los más vistosos del real de la Feria. Ramoncito se despidió. Quería seguir de cerca a su Elsa. La reina se marchó en automóvil al pabellón de Agricultura para tomar parte en el cotillón de honor.

La noticia del día era la declaración de la guerra europea. Todo el mundo,

A las nueve en punto entró Baltasar, el criado de Guillermo, en la habitación de su amo para despertarle. Dormía el muchacho a pierna suelta y tardó en recobrar la perfecta posesión de sí mismo. Cerca de las tres regresaba a casa, después de la excursión por la Feria en compañía de la familia de su novia. Apenas había dormido cuatro horas y sentía un invencible cansancio. De buen grado se hubiese quedado en el lecho. El negocio le reclamaba y era preciso sacar fuerzas de flaqueza. Otro día dormiría más.

De un brinco se plantó en el centro de la habitación y se puso a hacer gimnasia sueca. Por el entreabier-to balcón entraba un hermoso y dorado rayo de sol que trazaba sobre los

según sus particulares puntos de vista, la comentaba apasionadamente. Con la vehemencia propia del carácter levantino, las discusiones adquirían pronto aspecto de disputas. En lo que todos parecían estar de acuerdo es en que la duración del conflicto armado sería corta.

Guillermo estaba tan triste, oyendo las acaloradas polémicas, que Pepita le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada, esa declaración de guerra...

—¿Y a ti qué puede importarte?

—De momento nada; pero el día de mañana... ;quién sabe!

II

blancos azulejos del piso un deslumbrante sendero de luz. En lo más culminante de los ejercicios entró Baltasar con la bandeja del desayuno, y estuvo en un tris que no fuesen tazas, bizcochos, jarritos del café y de la leche, azucarero, servilleta y cucharillas por los aires, lanzado todo por un inconsciente manotazo de Guillermo.

—Por Dios, señorito. De poco se queda usted sin desayuno.

—Tienes la mala costumbre de no avisar. Déjalo ahí en la mesa. ;Han traído carta?

—Sí, señor; hace un momento.

—Dámela.

Guillermo la abrió con prontitud y se puso a leerla nerviosamente. Era de Pepita. Se escribían todos los días, aunque se viesan y hablasen a su an-

tojo. Baltasar se retiró discretamente murmurando con voz imperceptible:

—Vaya, lo que es por hoy se acabó la gimnasia.

Así fué. Guillermo leyó primero la misiva junto al balcón; luego tumbado en la cama; después, paseándose por la habitación; más tarde, mientras se vestía, a retazos, teniéndola extendida sobre la mesita de noche, y por último, sobre un velador colocado en el centro de la estancia, durante el desayuno.

Terminada la provisión alimenticia pasó Guillermo a su despacho y se puso a contestar la carta de su novia, en cuya tarea invirtió cerca de media hora. En seguida llamó a Baltasar, el viejo sirviente y le ordenó que la llevase en el acto a su destino.

—¿Vendrá hoy a comer el señorito a casa?

—Sí; prepara la comida para los dos.

Frente a su vivienda montó en un tranvía eléctrico del Grao, y una vez leída de nuevo la epístola de su novia comenzó a enterarse de la prensa de la mañana. Las noticias eran favorables para los Imperios centrales y adversas para los países aliados, especialmente para la poderosa Manguilandia, de cuya nación era súbdito Guillermo. La fatalidad le salía al paso y él tenía un vago temor. Pronto haría un año que habitaba Guillermo en Valencia. Sus padres le habían mandado por consejo de los médicos que presentían un trágico fin para el joven si no se apartaba de la vida crapulosa que en Tarafasara, la cosmopolita capital de Manguilandia, hacía en unión de otros muchachos de su edad y posición social.

Desde muy niño evidenció Guiller-

mo que tenía un carácter soñador y propenso a la misantropía. Su afición predilecta fué siempre la música. A los catorce años tocaba maravillosamente el piano y era un intérprete genial de Beethoven y Chopin.

De adolescente se pasaba días enteros metido en su habitación estudiando a los músicos favoritos y bebiendo "whisky and soda". Terminaba beodo, tumbado por los suelos o dormido en un sofá. No tardó en padecer de fuertes dolores intestinales y para soportarlos tuvo que recurrir a la morfina. Con el propósito de poner término a tanta depravación, los padres acordaron que se dedicase a juegos de agilidad y destreza y entró a formar parte de un equipo o *team* de *foot-ball*.

Una semana duró la buena conducta. A los ocho días, un sábado por cierto, Guillermo consiguió emborrachar a todos sus camaradas y en lo sucesivo, más que a darle al balón, se dedicaron a los placeres alcohólicos. A tal estado de neurastenia y de degradación llegó el muchacho, que se hizo preciso un cambio readical en sus costumbres y de clima. Los galenos juzgaron que el sitio mejor para que Guillermo recobrase la salud perdida era España, y como sus padres tenían negocios de exportación de frutas en la bella ciudad del Turia, a ella enviaron a su hijo muy especialmente recomendado a clientes y amigos.

Los primeros meses la conducta de Guillermo fué ejemplar. No bebía nada y en las cervecerías se dedicaba a sorber refrescos de naranja o de grosella. El día que conoció a Pepita se emborrachó por primera vez en territorio español y le tomó el gusto a la cosa, porque hasta que veinte días más tarde obtenía el codiciado sí, no cesó uno solo de volver a su domicilio en mali-

simo estado, conducta que le hizo estrechar de nuevo su amistad con la morfina.

A pesar de su victoria amorosa, con una de las mujeres más bellas de Valencia, hubiese seguido dedicado a su vicio predilecto, si Pepita, una noche que hablaban en la reja, no le escarmentara con energía, dándole con los cristales en las narices al advertir el tufillo que soltaba al hablar y las incongruencias que decía en cuanto abría la boca.

—Si vuelves otra vez borracho, terminaré contigo.

Y sin más explicaciones cerró la reja y desapareció.

No tornó más beodo. Amaba a su novia con una vehemencia tan íntima, que la posibilidad de causarle el más mínimo enojo le producía espanto. Era su primer amor. En la existencia árida y monótona del muchacho, aquella mujer representaba la felicidad única. Ninguno de los artificiales placeres gozados hasta entonces podían compararse con la alegría caudalosa, la pujanza mental y el deseo de vivir que Pepita le inspiraba.

Sin embargo, no por ello dejó en absoluto de recurrir de vez en cuando al alcohol. Algunas noches, después de alejarse de la reja de su amada, con la que solía charlar un par de horas todas las noches, sentía la necesidad de aturdirse, de olvidar, de procurarse una alegría transitoria.

—No me ama—se decía—. ¡No me ama!

Pepita Ripoll era tan atrayente como coquetuela, del mismo modo hermosa que inconstante. Al aceptar a Guillermo como prometido se dejó arrastrar más por los consejos de sus mayores y las envidias de las compañeras, que por un sincero y hondo ca-

riño. Aquel muchacho frío, correcto, parco de palabras, no lograba conquistar su corazón apasionado y loco, que se rebullía en el recinto del pecho lo mismo que un prisionero que sueña con la libertad.

Guillermo tenía la percepción exacta del efecto que le producía a su novia, y de ahí sus grandes dolores silenciosos, que le destrozaban las entrañas y que por primera vez en la vida le hacían llorar en la soledad confidencial de su cuarto de soltero.

El pobre muchacho se pasaba las horas del día entregado a su cariño. Apenas vestido, le escribía a su novia la primera carta de la serie. Tan pronto como llegaba al Grao, la llamaba por teléfono y hablaba un cuarto de hora con ella. Luego, en la primera pausa del trabajo, le dirigía la segunda epístola. La tercera iba terminado el almuerzo, antes o después de otro palique telefónico.

Por la tarde, a las siete, se encaminaba oficialmente a la morada de los señores de Ripoll y salía de paseo con doña Rosa y Pepita por las calles céntricas de la ciudad. Durante estas caminatas callejeras, Guillermo se sentía dichoso porque Pepita se mostraba cariñosa, risueña, felinamente seductora. Aquella mujer no sabía hacer nada sin público. Parecía vivir pendiente del juicio de los demás. Dos horas a continuación, en la intimidad propicia al amor de la reja, cambiaba por completo y diríase que era otra, con sus frialdades inexplicables y sus despectivas palabras.

—No me ama—se decía Guillermo—. ¡No me ama!

Tenaz en su pasión, que le tiranizaba absorbiéndole todas las facultades, él pensaba vencer con la sinceridad de su afecto, y esperaba que el tiempo



realizase el milagro de entregarle un corazón tan alejado del suyo.

Pasaban los meses. La guerra seguía su curso, prolongándose más de lo que todo el mundo calculaba. Valencia se hallaba dividida en dos bandos adversos. Nadie se preocupaba de los asuntos interiores, ni enfocaba la cuestión desde el punto de vista nacional. Los menos escrupulosos y los más audaces se dedicaban a escandalosos negocios de exportación, y el país, agobiado por la carestía de los productos de primera necesidad, sufría todo género de privaciones. El conato revolucionario del año diez y siete se debió al hambre. A un país envilecido, ignorante o escéptico, sólo le apremian los imperativos del estómago.

Casi todos los ciudadanos de Manguilandia residentes en Valencia se habían inscripto en el Consulado de su país para acudir en defensa de la patria cuando se considerase preciso. A Guillermo, cuando le hicieron correctamente una indicación en este sentido, contestó de un modo afirmativo, sin vacilar.

Educado en el culto a la patria, sin el cobarde y morboso miedo a las luchas armadas, síntoma de barbarie, pero indispensables todavía, dado el atraso de la Humanidad, Guillermo

juzgaba un deber sacrificarse por la prosperidad y la gloria de la nación en que había nacido, siempre que fuese necesario.

—Es posible—le dijo una noche a Pepita en la reja—que más pronto o más tarde nos tengamos que separar.

—¿Qué dices, Guillermo?

—La verdad. Tú no ignoras que la guerra no va bien para mi país y que pudiera ser indispensable que todos sus hijos acudiéramos a defenderla.

—¿Tú qué tienes ya que ver con Manguilandia? Hazte español.

—Dí, Pepita, si tuviera que irme, ¿tú sabrías esperar-me?

—Hombre, si no tardabas mucho en volver, quizá; porque de lo contrario, ya sabes, no me gustaría quedarme para vestir santos.

La respuesta de su novia hizo tanto daño a Guillermo que se despidió de ella antes de la hora.

—Hasta mañana, Pepita.

—¿Te vas ya?

—Sí; no me encuentro bien.

—Que te alivies.

—Hasta mañana.

Y camino de su vivienda pensaba aterrado Guillermo:

—Esta mala mujer será mi perdición.

### III

Llegó la primavera con su cortejo de cantos y flores. A la luz del sol, las huertas, milagrosas de hermosura, producían un deleite lujurioso en el

alma. Guillermo apenas pudo gozar las delicias de la estación más bella del año. Pepita, imprevistamente, enfermó de gravedad, del tifus, con tan

alarmantes caracteres, que durante dos o tres días se consideró cosa imposible su salvación.

La ciudad entera estaba pendiente del curso de la dolencia. Pepita Ripoll era uno de los legítimos orgullos de los valencianos, que tenían en ella la demostración más elocuente de la gracia y los encantos de las mujeres de la tierra. Los ecos de sociedad se leían todos los días con avidez para averiguar el curso de la enfermedad. En todas partes se hablaba de la muchacha:

—*Ché*, ¿sabes algo de Pepita Ripoll?

—Dicen que, dentro de la gravedad, está mejor.

—Lo que me alegro.

La corte anónima de adoradores, de cuantos la piropeaban por las calles y que de noche la esperaban en los sitios que ella frecuentaba, para darse el gusto de admirar su cara deliciosa y su magnífico cuerpo, sufría una inquietud extraordinaria.

En casa de la muchacha la consternación era indescriptible. Los padres parecían autómatas y Ramoncito se pasaba el día secreteando con los visitantes. Baltasar, el criado de Guillermo, invertía las horas francas de sueño en idas y venidas a casa de los señores de Ripoll para enterarse del estado de la enferma. Cada media hora le telefoneaba a su amo, mientras éste se encontraba en el Grao.

—Sigue mejor, señorito.

—¿De veras?

—Sí.

—¿La han bañado?

—Sí, señor.

—¿Qué temperatura tenía?

—No lo sé exactamente.

—¿Y por qué no lo has preguntado?

—Se me olvidó.

—Corre en seguida a su casa y que te lo digan.

—Está bien, señorito.

De este modo traía a todos de cabeza la dolencia de la prodigiosa doncella levantina.

La nueva de que se tenían esperanzas de poderla salvar, conmovió jubilosamente a la opinión. Durante varios días se habló tanto de Pepita, de su familia y de su novio como de la guerra europea. Para Guillermo los comentarios eran poco piadosos.

—*Ché*, y el tío manguilandíes ese, ¿por qué no se va a la guerra?

—Mira que venir a birlarnos la mujer más guapa de Valencia un extranjero...

—Si ella no le quiere. Eso ha sido un noviazgo arreglado por conveniencia.

—Y cómo le va a querer, si es el sujeto más frío del orbe.

—¡Con las cosas que a uno le hace pensar y sentir esa mujer!

La robustez de la enferma y los solícitos cuidados de cuantos la rodeaban dieron al traste en veinte días con la enfermedad, y la infeliz pudo levantarse algunos ratitos, contemplando el bullicio de la calle a través de los cristales del balcón. La convalecencia fué una apoteosis de regalos y atenciones. Su cuarto semejaba un jardín por la cantidad de ramos de flores que diariamente recibía. Juguetes, libros, joyas, se amontonaban en las mesas y sobre las sillas desocupadas.

Al cabo de algún tiempo, ya más repuesta, con el propósito de que acabara de fortalecerse, el médico de cabecera creyó conveniente que pasara una temporada en el campo, y a fines de Abril una tarde salió Pepita para Zalea, en compañía de su madre y lle-

vando tras sí un fantástico equipaje de maletas, baúles y cestas.

Zalea es un pueblecillo sano y alegre, donde la familia Ripoll poseía una casa veraniega, situado a treinta kilómetros de Valencia y con pésimas vías de comunicación. Para poder charlar con su novia diariamente y no perder horas y horas en un viaje fatigoso y molesto, Guillermo se compró un automóvil, y todos los días, después de comer, salvaba la distancia en tres cuartos de hora, a pesar del mal estado de los caminos. La noticia exasperó a los platónicos admiradores de Pepita.

—¿Sabes que el manguilandiés se ha comprado un auto para ir a ver a su novia?

—¡Lo que me fastidia el tío ese! Con dinero ya se puede enamorar a las mujeres.

—Así reviente un día en medio de la carretera.

—O que le parta un rayo.

Aunque estaba bautizada en Valencia, Pepita había nacido en Zalea, un verano, a mediados de Septiembre. A ella no le disgustaba esta circunstancia; antes al contrario, le producía satisfacción, porque quería de veras al pueblecillo donde había pasado los mejores ratos de su existencia y al que acudía en todas las convalecencias en busca de la deseada salud. Los habitantes del pueblo por zaleana la tenían y con orgullo lo pregonaban siempre que lo creían conveniente.

La presencia de Guillermo fué bien acogida en Zalea. Allí no despertaba envidias el noviazgo, porque nadie osaba pensar que pudiese pretender la mano de Pepita. Se dijo que era un muchacho rico, de honorable familia y aquello bastó para procurarle la general estimación.

El idilio de Pepita y Guillermo entró en una etapa de apasionamiento y de atracción que nadie hubiera previsto. Juntos pasaban las horas del día y sólo hablaban de amor. La convaleciente, mimosa y llena de caprichos, encontraba muy de su gusto la ternura sin regateos de su novio, y el pobre chico, que había pasado momentos crueles ante la hipótesis de perder a su amada, al verla gozosa y charlatana junto a él, sentía una infinita ventura, un sosiego en el alma que era fragante felicidad.

Mayo florido ponía un marco de luces y alegrías campestres, saturadas de perfumes, a su pasión bucólica. Cada tarde recorrían los parajes más bellos y las ermitas y santuarios de la comarca. El auto de Guillermo era un eficaz auxiliar para las excursiones.

El enamorado doncel llegaba todos los días de Valencia cargado de paquetes y encargos. Baltasar corría con las compras y el desdichado echaba las muelas de comercio en comercio para satisfacer las innumerables peticiones de Pepita y adquirir los regalos que pródigamente le ofrecía Guillermo. Alguien, al ver la llegada del auto, llamaba ya al novio bonachón "el ordinario de Valencia".

Para preparar la fiesta del primer domingo de mayo, que tenía un primitivo carácter de galantería guerrera, todas las casas de Zalea fueron cuidadosamente enjalbegadas. Corrían con este menester las mujeres, provistas de grandes escobones y de latas de petróleo llenas de cal. Las fachadas de todas las viviendas estaban impecables con su blanco lechoso de jazmín.

Llegó la noche del sábado. Una luna clara daba mayor relieve a la flameante pulcritud del pueblo. Por entre las sombras suaves de las callejas, que

semejaban trozos de azul desprendidos de lo alto, se advertían grupos compactos de gente moza que charlaban en silencio, como en espera de algún acontecimiento previsto.

La noche se deslizaba con absoluta quietud. Sin los ladridos de algún perro noctámbulo y los cantos del sereno, nada hubiese perturbado la paz de la aldea. Pero he aquí que de pronto el reloj de la torre, con reposo monacal, comenzó a dar las doce. Y como si sus campanadas hubiesen sido la señal convenida, de todas las calles, plazas y rincones del pueblo aparecieron ruidosas patrullas de jóvenes zaleanos, con bandurrias y guitarras y armados de formidables trabucos.

Apenas acababa de sonar la última campanada cuando comenzaron a oírse los primeros disparos. Diríase que una harca mora, dando alaridos y gritando desafortadamente, irrumpía en el pueblo con propósitos de conquista. Durante una hora el tiroteo ensordecía. El fragoroso rugir de los trabucos parecía conmover en sus cimientos el pueblo todo. Los estampidos eran tan tenaces y persistentes que daban la sensación de que se estaba desarrollando una batalla. Entre el blanco y el azul de las calles brillaban rápidamente las llamaradas rojas de los trabucos. El estruendo y la algarabía aumentaban a medida que avanzaba la noche.

Al anunciarse el alba, con las primeras luces rosadas por oriente, en un instante cesó la abrumadora baránda de las arcaicas armas de fuego y sucedió al estrépito y algazara un torneo poético musical. Dando de lado a los trabucos, requirieron los mozos las guitarras y bandurrias, tocando "albaes", la jota de la región, que cantaban profesionales contratados al efec-

to. Cada grupo "hacia música" y entonaba endechas frente al domicilio de la muchacha que requebraba alguno de los presentes. Y cuando el sol invadió las calles, los trasnochadores se retiraron a dormir. Bien lo necesitaban.

En seguida se abrieron todas las puertas de las casas del pueblo. Hombres, mujeres y niños, comenzaron a recorrer las calles, con visible curiosidad, fijándose en las chamuscadas o negras fachadas. ¿Qué había ocurrido durante la noche? Sencillamente que los jóvenes zaleanos, con amoroso y galante empeño, hora tras hora, la emprendieron a trabucazos con las fachadas de las casas donde vivían las muchachas más bonitas. Se explicaba la ansiedad de la gente por conocer el resultado. La joven, en la fachada de cuya casa hubiese más disparos, sería la Reina del pueblo el primer domingo de Mayo.

No hubo duda posible. Apenaba contemplar la casita de los Ripoll. La pared estaba destruída, al aire los rotos ladrillos, que tenían ese color negruzco característico de los incendios. Pepita, al enterarse, enloquecía de gozo.

—¡ Yo Reina ! ¡ Reina !

A las nueve fué en su busca el Ayuntamiento en corporación seguido de la banda de música. Vítores y aplausos acogieron la presencia de la Soberana. De los balcones y ventanas de las casas le arrojaban flores.

—¡ Viva la Reina !

—¡ Vivaaaa !

En la iglesia, durante la misa mayor, ocupó un sillón que se le había colocado en sitio preferente. El párroco tuvo para Pepita una amable alusión en el curso de su plática. Al terminarse la misa, se repitieron las mani-

festaciones de simpatía y de entusiasmo. Y por la tarde, presidió el baile en la Plaza Mayor y fué muy obsequiada.

Guillermo estaba tan contento que no sabía qué decir. Se limitaba a tirar perras a los chiquillos, que, para animarle, gritaban como energúmenos:

—¡Viva el señorito Guillermo!

—¡Vivaaaa!

Terminada la cena, la banda del pueblo obsequió con una serenata a la Reina. Delante de la casa se improvisó un bailoteo animadísimo. Primero se dispararon cohetes y luego una ruidosa traca. La familia Ripoll obsequió a las autoridades, personas de viso y músicos, con pastas y licores. A las once, los zaleanos se marcharon a dormir, satisfechísimos del resultado de su tradicional fiesta del primer domingo de Mayo.

Ramoncito, cuando se quedaron solos, le dijo a su futuro cuñado:

—Toma, Guillermo, esta carta que trajo al anochecer el cartero para ti.

—¿De quién será?— preguntó Pepita.

—Desconozco la letra—añadió Guillermo—. Pronto saldremos de dudas.

Y rompiendo el sobre se puso a leerla. Era del Cónsul de Manguilandia participándole que ya había llegado el momento en que la patria distante necesitaba de sus servicios. Guillermo palideció.

—¿Qué te ocurre?—le dijo su novia.

—Nada, un protesto sin importancia.

—¿De cuánto?—insistió Pepita.

—De unos cuantos cientos de pesetas. Mañana iré a Valencia y arreglaré el asunto.

Acercándose a él, luminosos los ojos y húmeda la boca, le dijo:

—¿Me quieres mucho, Guillermo?

—Con el alma toda.

—¿Qué harías por mí?

—Las mayores locuras.

Pepita le dió su mano blanca y rosa, que él, confiado, cubrió de besos con desesperada fiebre de amor...

#### IV

Al día siguiente, lunes, Guillermo subió en su auto a las ocho de la mañana en Zalea y a las nueve se apeaba a la puerta del Consulado manguilandíés, en Valencia. La visita con el representante de su país fué breve y cordial.

—Ayer recibí su carta—le dijo Guillermo—y vengo a participarle que estoy a sus órdenes para partir cuando usted me indique.

—Muchas gracias. No esperábamos menos de usted.

—¿Qué noticias concretas tenemos de la guerra?

—No son demasiado satisfactorias, pero venceremos. Es preciso.

—Lo creo firmemente.

—Usted podrá embarcar dentro de tres días en un velero que traerá cargamento de carbón. Con usted irán otros tres o cuatro compatriotas.

—Perfectamente.

—Simule usted estos días un viaje a Barcelona, por ejemplo, con objeto de que nadie, ni su misma novia, pueda advertir su ausencia los primeros días.

—Comprendido.

—Recibirá usted una orden confidencial, de palabra, para embarcar.

—¿Dónde?

—No se preocupe de este detalle.

—Entendido.

—Llévese sólo la ropa precisa que usted mismo podrá transportar al Grao en paquetes que no llamen la atención.

—Muy bien.

—Cuantos encargos quiera hacerme, con toda libertad me los indica usted. Yo quedo aquí para velar fielmente por sus intereses.

—De momento no sé qué decirle. Ya hablaremos.

—Estoy por completo a su disposición. Atravesamos uno de los momentos más difíciles de la historia de Manguilandia y es forzoso luchar sin tregua para vencer. La patria exige de todos un supremo sacrificio.

—¿Si tengo alguna comisión que hacerle, puedo escribirle?

—Enviándome la carta con persona de su absoluta confianza. Existe el peligro de un torpedeamiento y toda precaución es poca.

—Entonces, si no nos volvemos a ver, le deseo muchas prosperidades.

—Y yo a usted, que tenga un viaje muy feliz y mucha suerte.

—Todo por Manguilandia.

—Nuestra Patria inmortal.

Los dos manguilandeses se estrecharon la mano primero y luego diéronse un apretado abrazo. Guillermo se dirigió a su casa lleno de emoción. Por teléfono llamó a su representante.

Mientras, se afeitó, hizo gimnasia y tomó un baño.

Una hora después aparecía en casa de Guillermo su representante, un hombre activo, servicial y bueno, sin más defecto que hablar mucho y darse en seguida por enterado de todo, lo cual le obligaba a cometer planchas de un tamaño regular.

—¿Don Guillermo, qué tal la salud?

—Buena, gracias. Siéntese, Vicente.

—Con el permiso de don Guillermo.

—No faltaba más. Le he llamado...

—El señor es muy dueño de llamarme siempre que guste.

—Desde luego. Digo que le he llamado...

—Soy todo oídos.

—Y boca, querido Vicente.

—Tiene gracia. Estábamos en que me había llamado usted, para...

—Para participarle que estaré dos o tres días ausente, en Barcelona, y que necesito que usted se encargue del despacho durante mi ausencia.

—Aunque fuese para toda la vida. Mis comisiones dan poco de sí y a mí me tiene por entero a su disposición.

—¿De acuerdo, entonces?

—Por completo y como siempre, don Guillermo.

—Vaya usted esta tarde a mi despacho y hablaremos.

—¿Es secreto este viaje?

—No; pero como se trata de asuntos del negocio, lo mejor será no decir una palabra a nadie.

—Impuesto en todo a maravilla. Colossalmente bien. Puede usted irse tranquilo que aquí dejará, como otras veces, un perro dogo para la defensa y custodia de sus negocios. La fidelidad es lo primero y ya sabe usted, que en este punto no me dejo pisar por nadie. ¡Ah, si yo tuviese otro carácter, otro pelo luciría! Pero nací honrado,

es decir, tonto, y nunca tendré dos pesetas mías.

—Usted suele ganar bastante; ¿por qué no ahorra?

—¿Ahorrar? ¿Para que el día que uno muera se lo lleven cuatro sobrinos? Valiente disparate. Yo no ahorro nada. Ya lo ve usted, ni siquiera palabras.

—¿Hasta la tarde?

—Como usted mande, y con el mayor gusto a la disposición en todo instante de hombre tan rumboso y tan hidalgo como usted.

Guillermo le empujaba hacia la puerta para contener la explosión de su catarata de palabras. No lo logró del todo. Antes de salir la emprendió con el tema de la guerra y si no le hubiese dejado lindamente en el descansillo de la escalera, difícil resultara poner fin a la entrevista.

Hacia un día caluroso. Guillermo comió en casa con el balcón del comedor abierto, sin que le inquietasen en lo más mínimo los riesgos y aventuras que le depararía el porvenir. Baltasar se esmeró aquel día. Le hizo un arroz con pollo que Guillermo devoró con franco apetito. Al postre, cuando el muchacho se deleitaba con un plato de fresa con leche, llamaron a la puerta. Aquella llamada imprevista le produjo una extraña inquietud a nuestro amigo.

Antes de que Baltasar, que había acudido al llamamiento, tuviese tiempo de anunciarlas, se colaron de rondón en el comedor doña Remedios Climent, tía de Pepita, por línea materna, y su propia novia. Guillermo quedó estupefacto.

—¿Ustedes aquí?

—Aquí y a pedirle que nos convide a café.

—Señora...

—No te inquietes, Guillermo. Viendo con la tía no hay cuidado.

—De todos modos...—añadió Guillermo.

—Vaya, siéntate, Pepita, y que nos convide a café.

—Como ustedes gusten. ¿Y cuándo has venido tú, Pepita?

—Hace una hora, con mi hermano, en el auto de María Casañ, que pasó por Zalea. La idea de venir fué mía. Se me ocurrió darte esta sorpresa. ¿No me lo agradeces?

—Mucho, ni que decir tiene; pero la sorpresa, figúrate...

—Asunto terminado—sentenció doña Remedios—. A ver, Baltasar, trae café para nosotras.

—Sirve lo que las señoras deseen—ordenó Guillermo.

La entrevista resultó fría, y después de media hora de charla frívola, los dos novios se citaron para la noche en la reja de la casa de tía Remedios y Guillermo se dirigió al Grao. Allí se enteró de los últimos torpedeamientos que habían costado muchas pérdidas en hombres y embarcaciones a Manguilandia.

—¡Hay que vengar tanto ultraje!—pensaba Guillermo.

Cenó de prisa y se encaminó a pelear la pava con Pepita. Siempre que iba a verla le invadía el corazón una alegría inmensa, dulcísima, que se le esparcía por todo el sér. ¡Pobres de nosotros si se nos queda el alma prendida en el hechizo de una mujer hermosa! Amor, luz de estrellas en el cielo y perfumes en la tierra. ¡Pobre Guillermo!

Cuando llegó a la reja, Pepita le esperaba ya.

—¿Cómo tan tarde, Guillermo?

—¿Tan tarde y no son más que las

nueve? Recuerda que nos habíamos citado para las nueve y media.

—¿Y qué importa eso? Hace ya media hora que te estoy esperando.

—Gracias. Aquí me tienes.

—Supongo que tendrás muchas cosas que contarme.

—De ayer a hoy, ya ves: ninguna.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Te habré de hacer memoria. Tu apoderado Vicente, a quien nos hemos encontrado esta tarde, nos ha dicho con la mayor reserva, y por tratarse de mí, que te marchas dentro de dos o tres días a Barcelona.

—Es cierto. Ello te prueba la importancia que tendrá para mí este viaje. Hasta se me había olvidado. Figúrate si te lo iba a ocultar.

—Puede que te calles otras cosas peores.

—Nada.

—Guillermo, por primera vez en la vida me mientes.

—Yo no miento nunca.

—Ahora, sí.

—Nunca.

—¿Quieres que te lo pruebe?

—Sí.

—Como tú gustes. Ayer, en Zalea, al ver el sobre de la carta que recibiste, Ramoncito y yo cometimos la indiscreción de abrirla.

—¿Vosotros? ¿Vosotros hicisteis eso?—clamó Guillermo aterrado.

—Nosotros —añadió tranquilamente—. Está probado que mientes. ¿Tenía yo razón?

Guillermo no acertaba a darse cuenta de la magnitud y el alcance de las palabras que acababa de pronunciar su novia.

—¿Pero es posible?

—¿Y lo dudas? ¿Puedes tú tener secretos para mí? ¿No estamos destinados el uno para el otro? Mi viaje no tiene otro objeto que impedir tu marcha.

—Por Dios, Pepita, piensa bien lo que dices.

—Lo he meditado todo con mucha calma. O me das tu palabra de renunciar a ese viaje, o hago pública tu partida. Elige.

Dueño de sí mismo, como buen manguilandiés, Guillermo se tomó unos instantes para reflexionar.

—Oyeme, Pepita, sin exaltaciones, te lo ruego. La carta que tú leiste ayer, no discuto con qué derecho, en modo alguno se refería a mi viaje a Manguilandia.

—Es cierto. Pero como cada lunes y cada martes se van compatriotas tuyos cuando el Consulado les avisa, la conclusión es lógica.

—Lo parece nada más. Para que te convenzas, renuncio al viaje a Barcelona, único que tenía en proyecto y que realizará mi representante.

—No trates de engañarme, porque como pase un sólo día sin verte daré a conocer a todo el mundo tu partida.

—Tu decisión, si yo tuviera que salir de Valencia, me condenaría al deshonor o a la muerte. En los dos casos a mi perdición.

—Si te vas es como te pierdo para siempre, quizá en el viaje, antes de llegar a tu país. Y yo te quiero demasiado para renunciar a tu cariño.

—¿Que tú me quieres?

—Como nunca te he querido. Con una infinita ansiedad.



Aquella misma noche se entrevistó Guillermo con el cónsul manguilandés, a quien expuso el resultado de la entrevista con su novia.

—Conviene evitar el escándalo—dijo a Guillermo el funcionario, que no puso un momento en duda la sinceridad del muchacho—. Y como yo había avisado ya su viaje a nuestro Gobierno, para que no le consideren a usted traidor convendrá que finjamos una enfermedad, y así, dentro de un par de meses, podrá usted partir tranquilamente para Manguilandia. Ah, un consejo. No se fie mucho de su futuro cuñado.

—¿Por qué?

—Porque su novia es de un país enemigo.

—¿De modo que Elsa...?

—Rival nuestra.

—Lo ignoraba.

—Es conveniente que su enfermedad tenga resonancia. Yo me encargaré de que publiquen la noticia todos los periódicos. Resultaría de gran efecto que le diese a usted un ataque en sitio concurrido: un teatro, un café, una cervecería. ¿Me comprende?

—Exactamente.

—Las mujeres todo lo embrollan. Vaya usted a saber quién maneja a ésta. Todo lo arreglaremos.

Guillermo se despidió. Estaba muy contrariado. Aunque la verdad era lo que había dicho, de sobra se percataba de que cualquiera podría sospechar

de él, con fundamento, que era un cobarde. De momento esperaba, como le acababa de aconsejar el cónsul. Pero la dilación le llenaba el alma y el pensamiento de ignominia.

Al día siguiente, cuando despertó, no recordaba nada. Antes de dejar el lecho se fumó una pipa de "kif" y se entretuvo en soñar con su novia. ¡Qué prodigiosamente hermosa era! Y le quería, vaya si le quería. Sin ir más lejos, la noche antes se lo había repetido infinidad de veces en la reja. ¡Anoche! Acudieron atropelladamente a su memoria los sucesos de la noche anterior y se acentuó en su espíritu la sensación de desprecio y de vergüenza que se inspiraba a sí mismo. ¿Por qué? ¿Acaso no tenía él un propósito firme y verdadero de ir a la guerra? La actitud de su novia ¿no debía interpretarse como una consecuencia natural del cariño que sentía por Guillermo? Lo que de veras le inquietaba era la comedia de la enfermedad que tenía que representar. Eligió la Cervecería Manguilandesa, a cuya tertulia de última hora solía concurrir alguna que otra vez.

El número de los contertulios de la cervecería era muy reducido. Tarde y noche se juntaban fijamente Ignacio Bonet, médico, patriota; Agustín Compañ, abogado, germanófilo, y Felipe Trenor, concejal, periodista republicano y francófilo. Existía entre los tres una amistad fraternal, que data-

ba de la niñez, se prolongó en el Instituto y no dejó nunca de mantenerse en las efímeras separaciones universitarias. Alrededor de este núcleo se adherían transitoriamente otras personas, entre ellas, Guillermo.

Con el pretexto de la modista, la novia de nuestro amigo continuaba en Valencia, con gran satisfacción de éste, que encontraba más de su gusto poderla ver a todas las horas del día. Aquella noche, después de la charla en la reja, serían las once, Guillermo se dirigió a la cervecería. Una discusión acalorada se mantenía con motivo de las últimas noticias guerreras.

—Desengáñate, Trenor, el triunfo será nuestro—decía el germanófilo Compañ.

—¿Vuestro?—le contestaba el aludido—. Magras con tomate. Al freír será el reír. Sería la primera vez que Inglaterra perdiese una guerra.

—Estáis derrotados—añadía Compañ.

—Ya lo veremos—replicaba Trenor.

Bonet mediaba conciliador:

—¿Y a vosotros qué os importa que venzan unos o que pierdan otros? Gane quien gane, el día que nos tengan que hacer la pascua nos reventarán con toda tranquilidad y en paz. Lo que importa es ser españoles, amantes de nuestra patria, procurar su engrandecimiento, y en vez de malgastar tiempo, energía mental y saliva en arreglar la casa ajena, preocuparnos todos de resolver con acierto los grandes problemas que tenemos planteados.

—Mira, Bonet, perdona que te lo diga, pero eres un cursi.

—Nosotros no tenemos arreglo, hombre.

—Así nos luce el pelo—sentenciaba Bonet.

—El bisoñé querrás decir—le advertía Compañ, aludiendo a la calvicie de Bonet, que éste “abrigaba” cuidadosamente.

Guillermo les contuvo al entrar. No querían molestarle con sus disputas estériles. Le felicitaron por el triunfo alcanzado por su novia en Zalea y que había comentado la Prensa, con grandes elogios a la extraordinaria belleza de la interesada, comentarios a los que fué totalmente ajeno su novio.

Se bebieron una cerveza de honor a la salud de Pepita. Guillermo no cesaba de pedir tercios, que desaparecieron como por encanto. Una hora después se hallaba totalmente borracho.

Entró Ramoncito, su cuñado en ciernes. Acercándose a Guillermo le dijo en voz baja:

—¿Me haces el favor, Guillermo?

—Con mucho gusto.

—¿Qué hora es?

—¿Un sablazo?—preguntó a gritos Compañ.

—No—contestó Guillermo—; es que me pregunta la hora que es.

—*Ché*, “don Reserva”, ¿y para eso tanto tapujo? Tú no escarmientas. Pareces un coleccionista de secretos.

—No ves que te pones en ridículo. Cualquiera puede sospechar mal de ti, siendo un buen muchacho como eres—le aseguró Bonet.

—Vaya, siéntate y toma un doble—le dijo Trenor.

Ramoncito, pálido y tembloroso, se sentó al lado de Guillermo, en el momento preciso de darle el ataque al pobre muchacho. La cosa fué tan imprevista que casi nadie se dió cuenta de ello. Acababa de guardarse el reloj el joven manguilandiés, cuando de pronto, al coger el vaso para beber

un trago. se le alteró el pulso, derribó la mesa del mármol, se deslizó hacia el suelo y quedó sin conocimiento por efecto de un golpe recibido en la nuca al caer. Como consecuencia de una rozadura contra el diván, también le manaba un hilillo de sangre de la sien.

Le incorporaron, Bonet le tomó el pulso y en un coche se lo llevaron en seguida a su casa. Ramoncito estaba desolado.

—¡Pobre Guillermo! — exclamaba—. ¿Y si se muere?

—Qué se ha de morir, hombre—le decía riéndose Bonet.

Media hora después, acostado en su camita, con un tafetán en la sien y un frasco de amoníaco en la mesilla de noche, Guillermo charlaba tranquilamente con sus amigos, dándoles las gracias por sus atenciones. Ramoncito quería quedarse, pero Baltasar se opuso.

—No faltaba más. Allí estaba él para cuidar a su amo.

—Es serio, *ché*, lo que tiene Guillermo—le preguntó Trenor a Bonet cuando salieron de casa del enfermo.

—Nada, hombre. Una “baba”, vulgo borrachera, fenomenal. Mañana le dolerá un poco la cabeza, y pasado mañana, bueno.

Sin embargo, la noticia del ataque corrió rápidamente por Valencia, y al día siguiente por la mañana infinidad de personas acudieron al domicilio del

muchacho para enterarse del resultado del accidente.

Cinco días después, ya en plena mejoría, Guillermo retornaba en su auto a Zalea, para convalecer del ataque, llevándose a su novia y a Ramoncito, uno de los principales divulgadores del contratiempo ocurrido a su futuro cuñado.

Pepita le atontaba con sus extremas manifestaciones de cariño.

En la apacible calma del pueblo, su amor parecía centuplicado y no hacía nada sin consultárselo a su novio, ni se resolvía ningún asunto, por nimio que fuese, sin antes pedirle el parecer a Guillermo.

Para el pobre muchacho, que había deseado tanto aquella ventura, toda la felicidad de la tierra se compendia en su novia y por ningún pretexto se hubiera alejado de su amada.

Así fué que, dos meses más tarde, cuando se le invitó amablemente para que cumpliera con su compromiso patriótico, se excusó como pudo, a causa de no hallarse del todo bien, y continuó tan tranquilo en Zalea, gozando los encantos del amor junto a su deliciosa Pepita. Alguna vez sentía el remordimiento de faltar a sus deberes cívicos; pero la voz egoísta del corazón le retenía en el pueblo. No obstante, en los momentos de sosiego emocional, el espíritu, burlón, le decía desdenosamente:

—¡Cobarde! ¡Eres un cobarde!

Rodaron los años y con ellos el esplendor y la hegemonía de Europa en el mundo. La inmoralidad, el juego, la avaricia, la degradación amorosa, la mala administración y el despotismo gubernamental, con sus perniciosas consecuencias, así como el imperialismo más desenfrenado, lo mismo en los países monárquicos que en las democracias, habían sembrado de cizaña el campo antes fecundo de la ubérrima Europa hasta convertirla en un erial.

La inicua contienda guerrera abrió una inmensa fosa en la que quedaron enterradas las juventudes de los más poderosos Estados, y las arcas nacionales se empobrecieron rápidamente, convirtiendo el pasado poderío en aterradora miseria. Históricamente, Europa estaba muerta. Se salvaría del desastre su grandeza mental, de la que sacarían sazonado fruto otros pueblos en vías de resurgimiento. La liquidación de tanta fastuosidad quizá durase medio siglo, uno tal vez. La decadencia de los pueblos es lenta y engañosa. Se parece a esos largos crepúsculos vespertinos de los países meridionales, que se adentran, luminosos, en el corazón de la noche.

Se firmó el armisticio, a petición de Alemania, cercada por el hambre, y con arreglo a las catorce condiciones impuestas por Wilson. Un grito de alegría conmovió las entrañas de la tierra. La paz significaba la tranquilidad

productora, la economía en los artículos de primera necesidad, el término de la trágica pesadilla de sangre y de muerte que conmovía todos los pechos generosos y el retorno de la razón y de la justicia.

Guillermo se consideró salvado. El cónsul había roto toda clase de relaciones con él, pero confiaba en que andando el tiempo se arreglaría con facilidad aquella cuestión. La que tornaba a mostrarse esquiva y casquivana con su novio era Pepita, actitud que tenía de pésimo humor al desdichado manguilandiés. Se murmuraba que un mocetón rico de Zalea la tenía enloquecida y que durante el verano último había tenido entrevistas con el pretendiente lugareño en el jardín de su casa, a escondidas, durante la noche. El rumor no parecía verosímil, porque nadie pudo confirmar la noticia.

Los meses, en rítmico desfile, se sucedieron, y un buen día comenzaron a llegar a Valencia los súbditos de Manguilandia que se habían salvado de la catástrofe guerrera.

Guillermo se cruzó en la calle con algunos de ellos y advirtió que le negaban el saludo. Procuró no darse por enterado, y en cuanto vislumbraba de lejos a un compatriota se desviaba de su camino para rehuir el encuentro.

Así las cosas, una buena mañana se presentó en su domicilio el decano de la colonia de su país.

Ceremonioso, displicente, le comu-

nicó el acuerdo de que abandonase Valencia lo antes posible y que eligiera bien el sitio de residencia, porque estaban dispuestos a darle la batalla allí donde estuviese.

—¿Me cercan ustedes?

—No merece usted otra cosa.

—Estoy dispuesto a irme; pero concédanme un breve plazo para que me pueda casar.

—Eso será un poco difícil si piensa usted hacerlo con la muchacha que era su novia.

—¿Por qué?

—Porque será usted formalmente despedido.

—¿Por mi novia?

—Y por su familia.

—¿Acaso ustedes?

—Sí. Nosotros hemos exigido al señor Ripoll que le impida a usted contraer matrimonio con su hija.

—¿Con qué derecho?

—Con el mismo que usted dejó de servir a la patria.

—¿Le han amenazado ustedes?

—Con la ruina si no impide la boda de su hija con usted.

—Pero eso es una traición.

—Idéntica a la que usted cometió con Manguilandia, su antigua patria. Traición por traición. Estamos vengados.

—Usted fantasea. Es imposible que mi novia me abandone.

—Su novia, que ama más a otro hombre que a usted, será la primera en despedirle, y su familia después. Un manguilandiés no asegura nunca nada a humo de paja. Es triste, señor mío, pero es así. De este modo corresponderá esta mujer al sacrificio de dignidad y de honor que usted realizó por ella. No ignoramos la causa de su deslealtad para con la patria. Todavía está usted a tiempo de adoptar una re-

solución decorosa. Esperamos que sabrá cumplir con su deber.

Dicho lo cual, el visitante hizo a Guillermo una leve reverencia y salió.

Aquella tarde, como de costumbre, Guillermo se dirigió a las siete a casa de los señores de Ripoll. La doncella le dijo, sin que la excusa le produjese ya gran asombro, que la señora y la señorita estaban de paseo, pero que don José se hallaba en su despacho y si el señorito Guillermo quería hablar con él, le avisaría.

—Bueno, avísele — contestó Guillermo.

—Con mucho gusto—y salió corriendo por el pasillo.

—A esta pobre doncella no la han abordado todavía mis paisanos. Mañana, si vuelvo, ya me dará con la puerta en las narices.

—Ha dicho el señor que pase—le comunicó de regreso la doncellita.

—Muchas gracias.

El pobre Ripoll no pudo reprimir un movimiento natural de afecto al ver a Guillermo.

—Pasa, *ché*, pasa y siéntate.

—¿Ocurre algo importante, don José?

—Hombre... Toma un cigarro—y sacando la petaca le ofreció un pitillo.

—¿A qué obedece que no me hayan esperado hoy doña Rosa y Pepita?

—No sé. Esos son asuntos de mujeres en los que yo no me meto. Habrán ido de visita. No sé.

—Hábleme usted con entera confianza.

—La verdad, puesto que algo supones o algo sabes, te diré que he sido conminado por la colonia de tu país para oponerme a tus relaciones con mi hija, bajo la amenaza de arruinarme si no les obedezco. Tú en mi caso, ¿qué harías? Nadie como tú sabe que

todo mi negocio de exportación está basado en Manguilandia, y que yo vivo al día, sin ahorrar nada, por el lujo y el boato en que les gusta moverse a mi mujer y a mi hija. Si la colonia de tu país se empeña, yo antes de seis meses tengo que ir por esas calles pidiendo limosna.

—Pero yo soy rico.

—¿Y qué saco yo de que tú lo seas?

—Yo podría sufragar las necesidades de todos.

—No me gusta vivir a costa de nadie, sino con mi trabajo. Gracias, *ché*, de todos modos.

—¿De manera que usted?

—Yo lo siento mucho, Guillermo, la verdad, porque sabes que te estimo y me hubiera gustado que te casaras con mi hija; pero, en el estado en que están las cosas, no puedo autorizar tus relaciones.

—Bien. Y Pepita, ¿qué opina?

—Lo mismo que yo, me figuro.

—¿También ella?

—Figúrate. Cualquiera se fía de las mujeres. Ella dice que no se casa con un hombre a quien todo el mundo critica por no haber ido a la guerra. Además, vete tú a saber si estará encaprichada con otro.

—Basta, señor Ripoll. Buenas noches.

—¿Te quieres ir ya?

Guillermo salió sin añadir palabra. Le ardía la cabeza y sentía una angustia mortal. ¡Oh, cómo le trataba aquella mujer por quien él se había deshonrado!

Ya cerca de la puerta, la doncellita se le acercó para entregarle una carta de Pepita.

—Perdone el señorito, pero antes se me había olvidado.

—¿Dónde está la señorita?

—Me han prohibido que se lo diga.

Guillermo le dió un duro y añadió imperativo:

—¿Dónde?

—En Zalea. Se marchó esta mañana con su mamá y Ramoncito.

—Está bien. Buenas noches.

—Adiós, señorito.

Retornó a casa y encargó la cena a Baltasar. Después se acercó al teléfono y pidió al *garage* su auto para las nueve de aquella misma noche. Mientras esperaba la cena se acordó de la carta de Pepita y la abrió para leerla. Era muy lacónica. Decía así: "Guillermo: Mi padre te explicará los motivos que me obligan a romper contigo. Olvídame para siempre. *Pepita*".

Después de enterarse hizo con el pliego y el sobre una pelota y la tiró coléricamente contra el suelo.

Cenó despacio, y cuando Baltasar le anunció que el auto estaba en la puerta, todavía le faltaba comer el último plato y los postres y sorber el café.

—¿Volverá el señorito esta noche?

—le preguntó, cuando salía, Baltasar.

—Con toda seguridad.

—Lo decía para esperarle.

—No me esperes porque puedo volver tarde. He cogido el llavín.

—Hasta mañana entonces.

—Que pases buena noche, Baltasar.

—Igualmente.

Al llegar a la puerta despidió al chófer.

—Espérame—le dijo—en la Cervecería Manguilandiesa a la una. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—Hasta luego, pues.

—Vaya usted con Dios.

Guillermo se dirigió a Zalea a toda velocidad. Quería hablar con su novia para que de palabra le ratificase el contenido de la carta.

Cerca del pueblo dejó el auto, desviado de la carretera, en una masía deshabitada, y a pie se dirigió a casa de su novia.

El reloj del pueblo daba las once cuando él cruzó la plaza. Las calles estaban desiertas. Sólo algún perro deambulaba por ellas.

La noche era clara y la luz de las estrellas ayudaba a caminar con relativa seguridad por las pedregosas calzadas.

Al acercarse a la vivienda de Pepita, tuvo el pobre muchacho un presentimiento triste. Lo hizo con precaución, despacio. No se equivocó. En la reja estaba la mujer que tanto había amado en íntima charla con el otro, con el rival lugareño. Sintió una repugnancia tan grande que, retrocediendo de prisa, se encaminó a la masía donde había dejado el auto y regresó a Valencia.

Entró en la Cervecería. Algunos manguilandieses, al verle, se retiraron. Como aún no había llegado el chófer, Guillermo decidió esperar y se sentó en la tertulia de siempre. No se le acogió mal; pero poco a poco los contertulios se fueron marchando y se quedaron solos Guillermo y Bonet.

—En mí tendrá usted siempre un amigo—le decía Bonet—. El caso de usted no tiene para mí la importancia

que se le quiere dar. Y se lo dice a usted un verdadero patriota. Sin esa mujer, capaz de trastornarle el seso al mismísimo demonio, usted hubiera ido a la guerra y regresado lleno de honores. No ha pecado usted por miedo, sino por amor, que es distinto.

—Esa es la verdad.

—Qué me va usted a contar a mí. Lo que a usted le ocurre es una prueba aislada del inmenso odio que queda latente en toda Europa, y que será el gran corrosivo de los nobles sentimientos en el porvenir, precipitando la hecatombe de este viejo continente, cuyo predominio ha terminado en el mundo. Hace falta un Esquilo que cante el terror de las tierras empapadas de sangre humana, con toda su bárbara abyección. Un nuevo coro, no de oceánidas, sino de buitres, graznará sobre tanta desolación: "El suelo de Europa está maldito".

Llegó el chófer y Guillermo se despidió de Bonet. Este se levantó y le dijo:

—En mí tendrá usted siempre un amigo.

—Es usted el único que me queda.

—No haga usted caso. Con toda sinceridad le ofrezco mi ayuda si en algo puedo serle útil.

—Gracias, Bonet. De veras le deseo muchas felicidades.

## VII

De la Cervecería se trasladó Guillermo directamente a su casa. Hacía calor. Quitóse cuidadosamente la ropa y se puso un pijama blanco, de se-

da. Por el balcón abierto entraba con brisas olorosas la riente primavera.

Un gran silencio dominaba en la ciudad. En un velador, junto a un di-

ván, puso Guillermo una botella de *whisky* y varias de soda, la pipa y una tabaquera de goma llena de "kif".

Encendió la pipa y luego apuró un vaso de su bebida predilecta. Pensó en su pasado, en los años venturosos de la infancia, mimado y feliz, junto a sus padres que le idolatraban. Después en su vocación por la música, tan apasionada y vehemente, que absorbía por completo todas sus facultades. Soñaba entonces con llegar a ser un gran concertista y un compositor insigne. Con el alma vibrante de emoción estudiaba días enteros sin sentir fatiga, con un entusiasmo creciente. Pero el alcohol le truncó la carrera, con una seria amenaza de muerte.

Su viaje a España constituía, entre sus ilusiones la más pura. Valencia es una de las poblaciones más bellas y civilizadas de la península, y sus habitantes, son artistas, inteligentes, trabajadores y con ardiente espíritu emprendedor. Guillermo creía hallarse en la tierra propicia a sus sueños. Cuando se sentaba al piano, en una tertulia, para interpretar a uno de sus músicos favoritos, los éxitos que obtenía eran tan grandes y sinceros, que bien pronto tuvo una idea exacta del fino temperamento sentimental de los valencianos.

Luego, sus amores con Pepita, colmaban la medida de la felicidad que hubiera podido apetecer en un momento de locura optimista. ¡Cuán dichoso había sido con la quimera engañosa de aquel amor! Ahora, los años transcurridos, le parecían un instante, un soplo y nada más. Tan ausente se hallaba de aquella mujer, que se le antojaba que nunca había sido para ella más que un criado fiel a sus volubles deseos. Al pensar en la

escena que acababa de contemplar en Zalea, sintió un dolor agudo en el corazón y arrojando la pipa se sentó al piano y comenzó a interpretar un vals de Chopin.

Las notas juguetonas, claras, elegantes, del vals, calmaron la irritación de sus nervios. Recordó que aquel vals servía de tema para el baile titulado Carnaval de los danzarines rusos. ¡Carnaval! Un escalofrío le sacudió el cuerpo. Se vió un momento vestido de Pierrot y danzando con la Muerte. "Se acerca el epílogo de mi vida", pensó. Y retornó al diván y encendió una nueva pipa de "kif".

"¡El epílogo de mi vida! ¿Qué ha sido mi existencia? Yo la soñaba gloriosa, saturada de nobles ideales y ha resultado afrentosa, atiborrada de vicios, cobarde y vil. ¡Mi vida! No vale la pena de conservarla."

Fumaba, fumaba... De pronto, Pepita, como una bayadera oriental, desde el escenario de un teatro, comenzó a danzar con sensuales movimientos, lanzándole miradas procaces y ofreciéndole la roja flor de su boca, perfumada de lujuria. El vals era el de Chopin que Guillermo tarareaba aún. La bailarina se desvanecía de placer, erguíase majestuosa, saltaba graciosamente, se inclinaba con veneración, se alejaba ligera con vuelo de mariposa; retornaba para ofreserse con una entrega total, y entre una lluvia de flores caía al suelo, vencida de pasión.

Guillermo fumaba, fumaba... Ante sus ojos aparecía ahora su distante hogar. Un comedor severo. Los padres charlaban gravemente, terminada la cena. Guillermo leía un libro de aventuras. Pasaba una hora, dos. De pronto, la madre, rubia y aniñada, decía:

—Guillermo, a dormir.



Obediente, el niño dejaba su lectura para el otro día y después de besar a sus padres se dirigía a su cuarto en compañía del ama de llaves que le acostaba, rezando con él las oraciones.

Bruscamente volvió a la realidad con el deseo de besar el retrato de su madre que tenía en la habitación. Se abalanzó hacia él con los labios temblorosos de amor, pero al ir a tocarlo con las manos se contuvo y retrocedió unos pasos, lívido y con la cabeza humillada sobre el pecho.

—No; no soy digno de besarte.

Se tumbó de nuevo en el diván. Por su frente; arrugada, pasaban en tropel ideas trágicas, como nubes de tempestad. De un modo lento, volvió la calma a su rostro. Se sentó otra vez al piano, y ahora, con una interpretación prodigiosa, tocó el famoso vals del amante de Jorge Sand.

Parecía que el alma se escapaba con las notas camino de la inmensidad y de la hermosura eterna de aquella noche primaveral. Era una despedida grandiosa, con un fausto magnífico de opulencia ideal. Se sublimaba el alma del artista remontándose a las cimas inmortales de la renunciación y del sacrificio. Huía de la soledad y de la incompreensión en que se hallaba, de las bajezas de este desdichado mundo, para buscar en la definitiva liberación la suprema ventura.

—Asunto terminado—se dijo.

Bebióse el último vaso de "whisky" y se acostó. Ya en la cama púsose dos fuertes inyecciones de morfina. Pensó en su madre. Le envió con el pensamiento, un beso de infinita ternura. Y luego, se durmió con un sueño dulce y tranquilo, del que no se despierta jamás.

*Vicente Almela Mengot.*

Puede ser vencida **INTEGRALMENTE**  
su enfermedad de  
**ESTOMAGO-HIGADO O INTESTINOS**

**NEUTRÁCIDO**

NEUTRÁCIDO ESPAÑOL realizará de modo permanente su ansiada curación.,  
NO CONTIENE los nocivos Bicarbonatos, Bismutos, Magnesias ni Calmantes.

ES UN REMEDIO seriamente científico que a diario realiza prodigios curativos.  
ES FORMULADO por la clase médica que testifica y garantiza sus méritos.

UNICO EN EL MUNDO por su eficacia y original composición (azufre, calcio y  
carbono coloidales).

EN SOLO FRASCO determina, muchas veces, curaciones extraordinarias.

TIENE el mérito excepcional de *curar* así el *exceso* como la *falta* de ácidos.

REGENERA el poder digestivo en absoluto permitiendo en breve plazo comer  
*de todo*.

REGULA el funcionalismo intestinal suprimiendo prontamente el *estreñimiento*.

SEGURA durante el tratamiento la posibilidad de suprimir el *régimen lácteo*.

CONQUISTÓ un gran premio del Jurado Médico de la Exposición de Higiene  
de 1919.

APARECE en absoluto de sabor y es completamente *inofensivo*.

INCOMPARABLEMENTE más barato que otros productos *análogos* porque  
INFUNDE a todo el aparato digestivo plena salud con breve tratamiento.

DOCTORES españoles y alemanes, especialistas, han recomendado con vivisi-  
mo interés a los más notables Profesores de la facultad de Berlín el uso  
y estudio clínico del Neutrácido Español.

COMENZARÁ V. acertadamente iniciando hoy mismo su tratamiento con este  
sin igual remedio que vencerá rápidamente su padecimiento diges-  
tivo por grave o antiguo que sea.

Frasco: 6 pesetas.

**ESPAÑOL**

Solicite usted del concesionario exclusivo, D. José Marín Galán, Arjona, 4.  
Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.



# ALMORRANAS

internas o externas, grietas, etc. Curación radical infalible con

## POMADA ANEMA-SMITH

!Ultimo adelanto de la ciencia médica! ;Millares de curaciones!

Basta un solo tubo. No lo dude usted, 5 pesetas caja. Centros de Específicos. Farmacias. MADRID, Gayoso; E. Durán. BARCELONA, Segalá; Alsina. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. MURCIA, Selquer. GRANADA, Ocaña. VIGO, Carrascal. BILBAO, Barandiarán. MALLORCA, "Centro Farmacéutico". HABANA, Sarrá. BARRANQUILLA, Acosta Madiedo. MANAGUA, Guerrero. CARACAS, Daboín. MANILA, Gaspar, Calle Mendoza, 150, PUERTO RICO, José Combas Peyork. Para convencimientos éxitos remite muestra gratis, Pousarzer, Apartado 481, Barcelona. Remítase caja certificada contra pesetas 5,50.

## PECHOS PILDORAS CIRCASIANAS, Doctor Brun.

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses, con

!32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco. Madrid, Gayoso; Valencia, Cuesta; Zaragoza, Jordán; Murcia, Selquer; Habana, Sarrá; Caracas, Daboín; Managua, Guerrero; Barranquilla, Acosta-Madiedo; Puerto Rico, Combas Peyork.—Mandando 6'50 ptas. sellos a Pousarzer, Viladomat, 104, Apartado 481, Barcelona, remítase reservadamente certificado

DESCONFIAD DE IMITACIONES



## MONTANO

Además de los pianos de esta acreditada fabricación, participa al público haber recibido nuevos de Rönisch, de Alemania y otras marcas extranjeras en autopianos.

Calle de S. Bernardino, 3  
MADRID



### LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD

## DIGESTIVO

# Jost

ASEGURA

UNA BUENA DIGESTIÓN  
Y CURA TODAS LAS

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

EN CAJAS DE { Un sello 0,30  
12 sellos 3,00

### V. TIENE UN PESO EN EL ESTÓMAGO

Sus digestiones son largas y dolorosas  
Y siente mareos, vértigos, ardores.  
Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del

DIGESTIVO *Jost* (EN PEQUEÑOS SELLOS)

ES EL REY  
contra todas las enfermedades del estómago.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID

# "METAL"

## 112 WATT

### Gas ARGON

Lámparas de 25 y 32 bujías

y

todas intensidades. 1 watio y 112 watio

PROBADLAS si es que no las usáis ya. Las preferiréis a todas las extranjeras y nacionales, Pe- didlas en todas partes

**y Puerta del Sol, 1.**

